

UNA APROXIMACIÓN FILOSÓFICA A LAS IDEAS FUNDAMENTALES DE LA CARTA ENCÍCLICA *LAUDATO SI* *Martín Miguel Buceta*¹

Resumen: El presente artículo tiene como objetivo principal señalar las ideas fundamentales que atraviesan la Carta Encíclica *Laudato si*, para poder llevar a cabo una primera aproximación al documento. Para alcanzar este propósito intentaremos estructurar el artículo en dos partes principales que dejarán explicitadas las ideas esenciales del mensaje de Francisco. Una primera parte buscará plantear el problema existente en torno a la degradación del hombre y del ambiente que se manifiesta en el clamor del pobre y de la tierra. Para explicar el problema dividiremos el análisis en dos apartados: síntomas y causas. En el segundo momento se expondrá la necesidad de construir una ecología integral como condición para la posibilidad de una solución al problema y se señalarán algunas líneas de orientación y acción posibles. Toda esta reflexión se emprenderá a partir de la filosofía como instrumento privilegiado para el análisis del texto en cuestión.

“La casa común de todos nosotros está siendo saqueada, devastada, vejada impunemente”.

(Discurso de Francisco a movimientos populares en Bolivia)

Introducción

Impelido por las palabras de Francisco, quien se ha “dirigido a todas las personas de buena voluntad” (*LS* 62) advirtiendo que la tierra “clama por el daño que le provocamos a causa del uso irresponsable y del abuso de los bienes que

Dios ha puesto en ella” (LS 2), intentaremos llevar a cabo un primer acercamiento a la Carta Encíclica dada a conocer recientemente: *Laudato si*, en la que el Papa busca instalar la discusión –muchas veces invisibilizada por diversas razones– “sobre el cuidado de la casa común”.

La justificación de la existencia de este texto reside, en primer lugar, en los alcances que el Papa ha querido darle al diálogo al dirigirse “a cada persona que habita este planeta” (LS 3) y al proponer que “si de verdad queremos construir una ecología que nos permita sanar todo lo que hemos destruido, entonces ninguna rama de las ciencias y ninguna forma de sabiduría puede ser dejada de lado” (LS 63). Por lo tanto esto incluye e invita a realizar un análisis desde todos los ámbitos del saber y, en nuestro caso particular, desde la filosofía².

En segundo lugar, lo que nos ha movido a reflexionar en torno a la encíclica es la necesidad de un primer acercamiento a ella, sobre todo con el objetivo de poder deslindar las ideas transversales que operan como los pilares fundamentales de todo el documento. Todos los textos tienen una historia y al principio de cada una de estas se hallan siempre los primeros intentos por abordarlos y por lograr una aproximación que pueda trazar las líneas generales y explicitar cuáles son las afirmaciones centrales. Como todos los primeros esfuerzos probablemente sea este incompleto y limitado pero, como contrapartida, cuenta con la ventaja de la novedad y con la consideración de que intenta ser un allanador del camino.

Emprenderemos aquí entonces el análisis de la encíclica que, frente a la situación en que nos encontramos en la que “el ritmo de consumo, de desperdicio y de alteración del medio ambiente ha superado las posibilidades del planeta, de tal manera que el estilo de vida actual, por ser insostenible, solo puede terminar en catástrofes” (LS 161), guarda la esperanza de poder contribuir al menos un poco a elaborar aquel viraje, aquella conversión ecológica individual y comunitaria, aquella revolución cultural tan necesaria, para construir un proyecto ecológico integral que nos permita permanecer en nuestra casa y convertirla en un lugar próspero para las generaciones venideras (Cf. LS 114).

2 Es preciso aclarar aquí que el objetivo central del texto no es el de realizar una crítica del documento desde alguna corriente filosófica en particular, o a partir de algún comentarista o tradición de pensamiento, sino que lo que se intentará –y para ello la filosofía se erige como herramienta esencial– es llevar a cabo un primer análisis con el objetivo de trazar las ideas fundamentales propuestas por Francisco en la encíclica. La filosofía será en este caso nuestro instrumento para realizar una primera aproximación al texto y no –como también podría proponerse– un saber con el que criticar o contrastar las ideas del mismo.

Para llevar a cabo nuestro objetivo dividiremos el artículo en dos partes principales en las que se podrá advertir la presencia de aquellas ideas fundamentales que atraviesan toda la encíclica y que constituyen –a nuestro criterio– la esencia del mensaje de Francisco. Una primera parte buscará plantear el problema existente en torno a la degradación del hombre y de la tierra; dicho problema se hace visible en el clamor que emerge de los más indefensos y de la tierra misma. Para estructurarlo señalaremos los síntomas y las causas de este. En un segundo momento se explicitará la necesidad de colaborar en la construcción de una *ecología integral* como la condición imprescindible para la aparición de posibles soluciones frente al problema y, posteriormente, se señalarán algunas líneas de orientación y acción frente a la situación urgente en que se encuentra la casa común en la que todos habitamos.

I. Planteo del problema: síntomas y causas

En este primer punto del artículo se intentará plantear, en términos generales, el problema principal de la encíclica escrita por Francisco, a saber, aquel de la constante degradación del mundo y del hombre. El modo que elegimos para exponer dicho problema es la estructuración del mismo en dos apartados principales: los síntomas y las causas.

I.1. Síntomas: El clamor de un mundo enfermo

No es necesario observar atentamente el mundo para descubrir en él señales que dan cuenta de la constante degradación a la que lo hemos sometido, síntomas de una enfermedad que, si no es tratada a tiempo, puede llevarlo a su destrucción total. Estos indicios que muestran la preocupante situación en que *nos* encontramos (ya que somos parte de este mundo) deben ser atendidos. Francisco nos advierte que: “las predicciones catastróficas ya no pueden ser miradas con desprecio e ironía. A las próximas generaciones podríamos dejarles demasiados escombros, desiertos y suciedad” (LS 161).

¿Qué es entonces “lo que le está pasando a nuestra casa”? ¿Cuáles son los síntomas que se advierten a nuestro alrededor? ¿En qué situaciones se manifiesta este clamor que exige ser escuchado? Estas son las preguntas a las que el Papa intenta contestar a la hora de exponer el problema que quiere tratar en la encíclica. Para poder responder a ellas realiza un exhaustivo recorrido por todos

aquellos ámbitos en que la tierra³ y los hombres se ven degradados, maltratados y expoliados.

Un primer síntoma ineludible es la creciente contaminación, tanto del agua como del aire y del suelo. El mundo se ha convertido en un inmenso basural en el que depositamos todos los desperdicios generados por un modo de producción y desarrollo que no tiene en cuenta la sustentabilidad del medio ni la vida de las personas. Vivimos inmersos en una “cultura del descarte, que afecta tanto a los seres humanos excluidos como a las cosas que rápidamente se convierten en basura” (LS 22). Llevamos a cabo un modo de vida netamente consumista que está fomentado por el mercado que tiende a crear dicho estilo compulsivo para colocar sus productos sin importarle el impacto que este tendrá sobre el ecosistema.

La contaminación generada por la producción indiscriminada e irresponsable para intentar acallar el deseo consumista generado por el mercado, la cultura del descarte, la falta de cuidado de las energías, etc., se perfilan como los causantes del calentamiento del sistema climático al que asistimos. Los cambios que sufre el clima tienen como principales damnificados a los pobres que “viven en lugares particularmente afectados por fenómenos relacionados con el calentamiento, y sus medios de subsistencia dependen fuertemente de las reservas naturales y de los servicios ecosistémicos” (LS 25).

Otro síntoma es el agotamiento y destrucción de los recursos naturales fruto “de los sectores más ricos de las sociedades, donde el hábito de gastar y tirar alcanza niveles inauditos” (LS 27). Uno de los recursos que más preocupa es el agua potable, indispensable para la vida humana. La contaminación por medio de sustancias químicas afecta primeramente a los pobres que son quienes no pueden acceder al consumo de agua potable y segura. Y es preciso señalar que, además de su deterioro constante, existe el agravante hecho de que en algunos lugares avanza la tendencia a privatizar este recurso y hacer una mercancía de algo que es un derecho humano básico. Entre otros ejemplos de agotamiento encontramos también el caso de la deforestación desmedida que se hace palpable en los “pulmones” del planeta.

El tercer síntoma que podemos señalar es aquel de la creciente pérdida de

3 Utilizaremos el término “tierra” con minúscula para preservar la ambigüedad sugerida en el documento, ambigüedad que sostiene la tensión entre el problema de la Tierra, planeta en el que habitamos y que sufre por el daño generado por la acción humana, y el problema de la tierra, como aquel de la posesión del suelo, que también, en muchos casos, contribuye a la generación del primero.

la biodiversidad a causa de la depredación fomentada por las formas inmediatistas de entender la economía y la actividad comercial y productiva. La intervención humana al servicio de las finanzas y del consumismo deteriora constantemente la riqueza y belleza de la tierra que se vuelve cada vez más limitada y gris (cf. *LS* 32-35). La extinción de cualquier especie tiene un impacto ambiental que no puede ser revertido por la tecnología y, además, tiene un impacto emocional en tanto se ha perdido para las generaciones futuras un ser único obra del Creador. Este deterioro de la biodiversidad se da tanto en los océanos como en las selvas tropicales, en los glaciares, en los acuíferos, etc.

El último síntoma que queremos señalar nos incluye de modo especial y es aquel que manifiesta el continuo deterioro de la calidad de vida humana y degradación social. Así como las aves, las flores, los árboles, los ríos y el mar, también el hombre forma parte de este mundo y es su propia acción la que ejerce un daño contra sí mismo en detrimento de su calidad de vida y degradando la sociedad. Pensemos v. g. en el crecimiento desmedido y desordenado de las ciudades que se convierten en lugares insalubres para vivir y con gran gasto de energía y agua o, también, en la creación de urbanizaciones «ecológicas» que son para algunos privilegiados y no para los descartables de la sociedad (cf. *LS* 45). Existen miles de ejemplos sobre cómo el hombre degrada su medio ambiente y desmejora su calidad de vida, Francisco nos ofrece una lista numerosa:

“Entre los componentes sociales del cambio global se incluyen los efectos laborales de algunas innovaciones tecnológicas, la exclusión social, la inequidad en la disponibilidad y el consumo de energía y de otros servicios, la fragmentación social, el crecimiento de la violencia y el surgimiento de nuevas formas de agresividad social, el narcotráfico y el consumo creciente de drogas entre los más jóvenes, la pérdida de identidad. Son signos, entre otros, que muestran que el crecimiento de los últimos dos siglos no ha significado en todos sus aspectos un verdadero progreso integral y una mejora de vida” (*LS* 46).

La mayoría de estas situaciones tienen un impacto significativo en los excluidos de la sociedad que, en general, son considerados como “daño colateral” de los avances tecnológicos y económicos y aparecen en las discusiones políticas como meros “apéndices” de los problemas centrales. Tomemos, por ejemplo, el caso de la inequidad que no afecta solo a individuos sino también puede ser pensado a nivel internacional entre los países o regiones. El Papa nos dice que existe:

“Una verdadera «deuda ecológica», particularmente entre el Norte y el Sur, relacionada con los desequilibrios comerciales con consecuencias en el ámbito ecológico, así como el uso desproporcionado de recursos naturales llevado a cabo históricamente por algunos países... Especialmente hay que computar el uso del espacio ambiental de todo el planeta para depositar residuos gaseosos que se han ido acumulando durante dos siglos y han generado una situación que ahora afecta a todos los países del mundo. El calentamiento originado por el enorme consumo de algunos países ricos tiene repercusiones en los lugares pobres de la tierra” (LS 51).

Está claro que la responsabilidad no solo atañe a los individuos y a las comunidades, sino también a determinados países y regiones, en particular aquellas en las que existen las economías más fuertes y los liderazgos políticos más tenaces. La causa de que esto siga ocurriendo es que “muchos de aquellos que tienen más recursos y poder económico o político parecen concentrarse sobre todo en enmascarar los problemas... Pero muchos síntomas indican que esos efectos podrán ser cada vez peores si continuamos con los actuales modelos de producción y de consumo” (LS 26). El mensaje de Francisco es claro: es preciso un viraje, un cambio sustancial y no secundario, un cambio que alcance a nuestro modo de vivir, de producir, de crear tecnologías, etc. para poder encarar la solución al verdadero problema ecológico.

Para concluir este apartado queremos señalar una de las ideas fundamentales que atraviesa la cuestión de los síntomas, y es aquella que afirma que el ambiente humano y el ambiente natural se degradan conjuntamente, no es posible afrontar adecuadamente la degradación ambiental si no prestamos atención a las causas de la degradación humana y social. Es por esto que Francisco asevera que: “*un verdadero planteo ecológico se convierte siempre en un planteo social, que debe integrar la justicia en las discusiones sobre el ambiente, para escuchar tanto el clamor de la tierra como el clamor de los pobres*” (LS 49)⁴.

I.II Causas: La tecnocracia y el antropocentrismo

Planteados ya sucintamente algunos de los síntomas principales del problema podemos ahora esbozar cuáles son las causas del mismo. El análisis de dichas causas debe enmarcarse en el contexto actual en que descubrimos que

“hay un modo de entender la vida y la acción humana que se ha desviado y que contradice la realidad hasta dañarla” (LS 101). Entre los principales motivos del problema que señala Francisco destacaremos los dos más relevantes: la tecnocracia y el antropocentrismo.

I.II.I La tecnocracia

La técnica es una característica esencialmente humana. Esta es la actividad que el hombre lleva a cabo para superar gradualmente ciertos condicionamientos materiales. La tecnología, como el estudio o el conjunto de técnicas, ha supuesto el remedio para innumerables males que dañan y limitan al hombre (Cf. LS 102). Sin embargo, es preciso advertir que, como todo conocimiento, supone la adquisición de un gran poder que puede traducirse en dominio y, si no está acompañado por la correspondiente reflexión, puede tener consecuencias nefastas. De este modo sucede que “cuando la técnica desconoce los grandes principios éticos, termina considerando legítima cualquier práctica” (LS 136).

Una de las causas principales del problema que venimos tratando reside en el paradigma dentro del cual asumimos hoy la tecnología y su desarrollo. El hombre se encuentra en el mundo como un “sujeto que progresivamente, en el proceso lógico – racional, abarca y así posee el objeto que se halla afuera” (LS 106). Su relación con las cosas ha dejado de ser amigable para tornarse una relación objetivante – utilitarista. Esta fría objetivación del mundo es la deformación surgida de la reducción de la Creación al concepto de naturaleza. Vista de este modo, es decir, desde una perspectiva en que se ha despojado a la tierra de su dimensión divina, fruto de la obra de Dios, la naturaleza es mero objeto del que es preciso sacar el máximo provecho en favor de determinados intereses (Cf. LS 76-82). Se ha olvidado la mirada que pone su atención en la belleza de la Creación y se ha comenzado a ver en lo que nos rodea un útil a ser manipulado para nuestro beneficio, confirmando la terrible idea de que “cuando alguien no aprende a detenerse para percibir y valorar lo bello, no es extraño que todo se convierta para él en objeto de uso y abuso inescrupuloso” (LS 215).

Se establece de este modo una relación entre el ser humano y las cosas que ha dejado de ser amigable para tornarse utilitaria. Es así como se sostiene aquella “mentira de la disponibilidad infinita de los bienes del planeta, que lleva a «estrujarlo» hasta el límite y más allá del límite” (LS 106). Hemos instaurado un mundo que tiene como autoridad suprema la tecnología y el desarrollo en pos del dominio y simplemente por él, sin hacer recaer sobre estos ningún tipo de

reflexión ética y, luego, desencadenado un sinnúmero de consecuencias desdichadas para “nuestra casa común”. La tecnocracia, enmarcada en un esquema de rédito absoluto e incremento de poder, ve en la biodiversidad un depósito de recursos que podría ser explotado sin siquiera detenerse a pensar en los ritmos de la naturaleza, sus tiempos de degradación y regeneración, y en la complejidad de los ecosistemas (Cf. *LS* 190).

De lo dicho hasta aquí se comprende cómo este paradigma tecnocrático es el entramado a partir del cual se desarrollan una determinada economía y una determinada política. En estos ámbitos “mientras unos se desesperan solo por el rédito económico y otros se obsesionan solo por conservar o acrecentar el poder, lo que tenemos son guerras o acuerdos espurios donde lo que menos interesa a las dos partes es preservar el ambiente y cuidar a los más débiles” (*LS* 198). Es muy preocupante pensar una economía y una política que han dejado de lado sus objetivos principales: para la economía la administración eficaz y razonable de los bienes para generar la riqueza y el bienestar colectivos y, para la política, las acciones gubernamentales en pos del bien común y el cuidado de la vida de los integrantes de la comunidad. En el paradigma tecnocrático estas dos dimensiones centrales de la vida humana se han pervertido y están obsesionadas con el rédito y el incremento de poder. Veremos más adelante cómo una ecología integral no solo concierne al cuidado de la biodiversidad, sino también al del medio ambiente, comprendiendo a este como la relación que existe entre la naturaleza y la sociedad que la habita, las cuales se encuentran interpenetradas (Cf. *LS* 139).

La idea principal que se desprende de este apartado es aquella que sostiene que el paradigma tecnocrático establece una relación enfermiza del sujeto con la Creación, haciendo prevalecer intereses –como el del rédito económico absoluto y el incremento de poder con el único objetivo de dominar– que tienen una repercusión directa en la rápida degradación y expoliación de las riquezas de la tierra, ya que estas son vistas como útiles a ser explotados para maximizar las ganancias y saciar el ansia desmedida de consumo⁵.

En lugar del marco tecnocrático en que se despliega la vida del hombre debería desarrollarse entonces una cultura ecológica que, más que ser la respuesta

5 “El principio de maximización de la ganancia, que tiende a aislarse de toda otra consideración, es una distorsión conceptual de la economía: si aumenta la producción, interesa poco que se produzca a costa de los recursos futuros o de la salud del ambiente; si la tala de un bosque aumenta la producción, nadie mide en ese cálculo la pérdida que implica desertificar un territorio, dañar la biodiversidad o aumentar la contaminación. Es decir, las empresas obtienen ganancias calculando y pagando una parte ínfima de los costos” (*LS* 195).

urgente y parcial a los problemas emergentes de la degradación del ambiente, sea “una mirada distinta, un pensamiento, una política, un programa educativo, un estilo de vida y una espiritualidad que conformen una resistencia ante el paradigma tecnocrático” (LS 111).

I.II.II El antropocentrismo

Conjuntamente con la institución del paradigma tecnocrático la modernidad ha desarrollado “una gran desmesura antropocéntrica” (LS 116) que ha llevado gradualmente al hombre a posicionarse como amo y señor de toda la Creación, concibiéndola como objeto a ser utilizado, siéndole indiferente todo lo que con ella suceda. El hombre se encuentra en una situación de tal ensimismamiento que presenta como efecto manifiesto la relativización de su entorno.

Por otro lado, el lugar que se le ha dado en los últimos dos siglos a la razón técnica tuvo también como consecuencia directa la minusvaloración del mundo, convirtiéndolo en objeto de explotación para la satisfacción inmediata del deseo de unos pocos. La situación actual del hombre en el mundo se rige por la “lógica del «usa y tira», que genera tantos residuos solo por el deseo desordenado de consumir más de lo que realmente necesita” (LS 123).

Este antropocentrismo tiene consecuencias preocupantes y construye una determinada antropología que da lugar al surgimiento de lo que el Papa llama relativismo práctico y define como aquella situación en la que:

“El ser humano se coloca a sí mismo en el centro, termina dando prioridad absoluta a sus conveniencias circunstanciales, y todo lo demás se vuelve relativo. Por eso no debería llamar la atención que, junto con la omnipresencia del paradigma tecnocrático y la adoración del poder humano sin límites, se desarrolle en los sujetos este relativismo donde todo se vuelve irrelevante si no sirve a los propios intereses inmediatos” (LS 122).

El hombre se considera a sí mismo el ser más importante de la Creación y supone por esto que todo está al servicio de sus necesidades más allá de las consecuencias de su acción. Todo es relativo a su condición y él aparece como lo absoluto. Es por esto que todo intento por religar al hombre con su entorno y fortalecer los lazos que lo unen a este son esfuerzos vanos; el antropocentrismo en que se encuentra inmerso le impide advertir la íntima relación que guarda con

el mundo que habita (no que lo rodea como *ob-iectum*) y lo empuja a encontrar en la naturaleza “recursos” en lugar de “dones”.

Según Francisco, es preciso que al contemplar lo creado escuchemos un mensaje, oigamos la voz de Dios (Cf. *LS* 85) ya que Él no solo se manifiesta allí sino que está presente habitándolo con su Espíritu vivificante que nos invita a una relación con Él (Cf. *LS* 88). Debemos repensar nuestra visión antropológica teniendo a la base de la misma una noción de hombre que se descubra como hijo de Dios responsable de su don más preciado: la Creación. Solo de ese modo podrá el hombre reconciliar los lazos fundamentales con Dios, con el prójimo y con la tierra, que son esenciales para su existencia (Cf. *LS* 66).

Se desprende de aquí la idea de una necesaria renovación de nuestra concepción antropológica, visión en la que los hombres debemos abandonar la peligrosa centralidad en que nos hemos ubicado y que nos ha llevado a “usar y tirar” aquello que es un don divino que deberíamos “proteger, custodiar, preservar, guardar, vigilar” (*LS* 67). El hombre está llamado a “respetar la bondad propia de cada criatura para evitar un uso desordenado de las cosas” (*LS* 69) y reconstruir su acción en el mundo a partir de la valoración del mismo como manifestación del amor y la ternura del Padre. Está claro entonces que “no habrá una nueva relación con la naturaleza sin un nuevo ser humano, no hay ecología sin una adecuada antropología” (*LS* 118), por esto es necesario engendrar “un nuevo paradigma acerca del ser humano, la vida, la sociedad y la relación con la naturaleza” (*LS* 215).

II. La ecología integral: Algunas líneas de orientación y acción

Hasta aquí hemos planteado el problema central del documento del Papa en torno a la cuestión del cuidado de la casa común. Hemos explicado cuáles son los síntomas del problema que se manifiestan en el clamor de la tierra y de los pobres y también hemos elaborado las causas principales de este. Es menester ahora que podamos explicitar cuál es la propuesta de Francisco frente a este panorama tan desalentador, cuál es el nuevo paradigma desde el que se tiene que comprender al hombre y su acción en el mundo. Por esto llevaremos a cabo la exposición de la posible solución que nos presenta el documento: la *ecología integral*, y sucintamente enumeraremos las líneas de orientación y acción para construirla.

II.1 La ecología integral

La propuesta de una ecología integral es la solución que se perfila frente al problema planteado hasta aquí. Esta ecología tiene la pretensión de operar el cambio necesario en todas las dimensiones humanas, tanto la social, como la cultural, la económica, la ambiental, e incluso en la vida cotidiana. ¿Cuáles son los principales caminos a transitar en estos ámbitos para generar el ineludible cambio que clama nuestra existencia? Veamos a continuación las líneas generales a tener en cuenta en cada dimensión.

La crisis que atañe al medio ambiente implica necesariamente la relación que existe entre la naturaleza y la sociedad que la habita. La naturaleza no es un marco que nos contiene sino en el que nos encontramos implicados, por esto las razones por las que un lugar se contamina exigen un análisis que incluye también el funcionamiento de la sociedad, de la economía, y los modos que estas tienen de comprender la realidad (Cf. *LS* 139). Necesitamos pensar una *ecología integral* que no escinda lo ambiental de lo social, sino que piense la problemática como una compleja crisis socio – ambiental en tanto que los sistemas naturales y los sistemas sociales están íntimamente relacionados y el desequilibrio de uno impacta, necesariamente, en el otro⁶. Es preciso entonces poder “discutir acerca de las condiciones de vida y de supervivencia de una sociedad, con la honestidad para poner en duda los modelos de desarrollo, producción y consumo” (*LS* 138).

Si, por ejemplo, observamos el crecimiento económico y sus procesos de producción que tienden a automatizar y a homogeneizar los procedimientos para reducir costos sin reparar en el impacto que puedan tener en el ambiente, advertiremos la necesidad de pensar una ecología económica que tenga una mirada integral de la realidad considerando la acción productora y su impacto, no solo en la naturaleza sino también en el modo de vida de la comunidad en la que produce y para la que produce.

Pensemos también cómo puede verse degradada y dañada la vida del hombre en su dimensión cultural; esto también concierne a una ecología integral.

“Muchas formas altamente concentradas de explotación y degradación

6 “Hoy el análisis de los problemas ambientales es inseparable del análisis de los contextos humanos, familiares, laborales, urbanos, y de la relación de cada persona consigo misma, que genera un determinado modo de relacionarse con los demás y con el ambiente. Hay una interacción entre los ecosistemas y entre los diversos mundos de referencia social” (*LS* 141).

del medio ambiente no solo pueden acabar con los recursos de subsistencia locales, sino también con capacidades sociales que han permitido un modo de vida que durante mucho tiempo ha otorgado identidad cultural y un sentido de la existencia y de la convivencia. La desaparición de una cultura puede ser tanto o más grave que la desaparición de una especie animal o vegetal. La imposición de un estilo hegemónico de vida ligado a un modo de producción puede ser tan dañina como la alteración de los ecosistemas” (LS 145).

La ecología supone también el cuidado de las riquezas culturales de la humanidad. Este patrimonio de los pueblos, esencial para la construcción de su identidad y para otorgar sentido a su existencia, puede verse amenazado, por ejemplo, por una visión consumista que, alentada por los engranajes de la actual economía, tiende a homogeneizar las culturas y a debilitar su inmensa variedad (Cf. LS 144). La imposición de un determinado estilo de vida, configurado para el rédito de las economías más poderosas, supone la pérdida o degradación de diversas culturas que son empujadas –tanto por la necesidad de incorporarse de algún modo al mundo para no perecer en la periferia como por el deseo generado por una maquinaria publicitaria que tiene por único fin convertir al hombre en un consumidor de los bienes que produce el mercado– a sumergirse, gradualmente, en un proceso de homogenización que implica la degradación y posterior pérdida de una riqueza tan invaluable como la cultura de un pueblo.

Una ecología integral debe fomentar modos de producción y de relación que preserven la cultura de las comunidades que se manifiesta como carácter esencial de su identidad y como pieza fundamental de la construcción del sentido de la existencia⁷.

Otro aspecto constituyente de una ecología integral es la ecología de la vida cotidiana. Esta dimensión de la vida humana es sumamente importante ya que concierne a la calidad de vida y al espacio en que transcurre la existencia de las personas. La falta de viviendas dignas, la aglomeración en residencias y espacios con alta densidad poblacional, el hacinamiento, la falta de acceso a los servicios como el transporte, la salud, etc., todo esto hace a la carencia extrema que se vive en algunos ambientes y que tiene un impacto directo en la conducta

7 Puede señalarse, como ejemplo sumamente característico de este aspecto en que la ecología integral debe avanzar, a las comunidades aborígenes en las que “la tierra no es un bien económico, sino don de Dios y de los antepasados que descansan en ella, un espacio sagrado con el cual necesitan interactuar para sostener su identidad y sus valores” (LS 146).

humana dada la interrelación que existe entre ambos. Como ocurre en general, los primeros damnificados son los excluidos del sistema, los descartables de la sociedad para quienes “el paso cotidiano del hacinamiento al anonimato social que se vive en las grandes ciudades puede provocar una sensación de desarraigo que favorece las conductas antisociales y la violencia” (LS 149). La importancia vital del acceso a una vivienda digna excede las necesidades meramente biológicas para llevar adelante una vida sana, “la posesión de una vivienda tiene mucho que ver con la dignidad de las personas y con el desarrollo de las familias. Es una cuestión central de la ecología humana” (LS 152).

La ecología de la vida humana no solo alcanza a la vivienda de las familias sino también al lugar en que se desarrolla la vida de la sociedad; esto implica el cuidado de los espacios y de los hitos urbanos. La situación de “estar en casa”, el arraigo, el sentido de pertenencia a un lugar cálido, agradable, a un ambiente deseable en que tiene lugar y se desarrolla nuestra existencia, es una exigencia para todos. El diseño urbano tiene que favorecer la integración de las diferentes partes de la ciudad, fomentar una visión de conjunto en lugar de llevar a las personas a “encerrarse en un barrio privándose de vivir la ciudad entera como un espacio propio compartido con los demás” (LS 151).

Un último aspecto relevante a explicitar en esta dimensión de la ecología humana o de la vida cotidiana es aquel que compete a la necesidad del cuidado y valoración de nuestro propio cuerpo –que “nos sitúa en una relación directa con el ambiente y los demás seres vivientes” (LS 155)–, y del bien común. El cuerpo es nuestro vehículo para estar en el mundo y en íntima relación con él, es nuestro medio. Es imprescindible el cultivo de una moral que valore el respeto por el cuerpo, ya que la apreciación de este “como don de Dios es necesaria para acoger y aceptar el mundo entero como regalo del Padre y casa común” (Ibid.). Por otro lado una “ecología humana es inseparable de la noción de bien común, un principio que cumple un rol central y unificador en la ética social” (LS 156). El bien común presupone el cuidado de la persona humana y de sus derechos, y también el bienestar social y el desarrollo de los diversos grupos que constituyen a la comunidad. El trabajo por la búsqueda de la justicia, la paz social, la estabilidad y seguridad de un orden que presta atención particular a la justicia distributiva, son los pilares en que debe fundarse la construcción del bien común. Esta noción además incorpora a las generaciones futuras, ya que todo desarrollo sostenible debe pensar necesariamente en los que habitarán esta casa después que nosotros. Constantemente debemos preguntarnos: ¿qué mundo queremos dejar a quienes nos sucederán? Esta inquietud orientará nuestras preocupaciones y nuestra acción.

En conclusión, es preciso comenzar de modo inmediato a construir una *ecología integral* como solución al problema de la degradación del hombre y de la tierra. Esta ecología supone pensar todas las dimensiones de la vida del hombre, tanto la económica como la política, la cultural, la vida cotidiana, la relación con la naturaleza, etc., en pos de integrarlas para configurar una mirada global de la acción del hombre, aquella mirada que pueda considerar todos los aspectos en que impactará su modo de vida.

II.II Algunas líneas de orientación y acción para posibilitar la ecología integral

¿Cuál es el modo de emprender el camino hacia la construcción de una ecología integral? ¿Qué debemos hacer? ¿Hacia qué horizontes debemos caminar? ¿Cuáles son las principales líneas de acción para poder hacer de “nuestra casa común” un lugar más digno para vivir y que pueda acoger a las generaciones futuras? Este último apartado del artículo intentará delinear brevemente algunos caminos de diálogo que nos permitirán comenzar a trabajar por la construcción de una ecología integral que “nos ayuden a salir de la espiral de autodestrucción en la que nos estamos sumergiendo” (LS 163). Está claro que no hay recetas uniformes porque hay problemas y límites específicos de cada región; sin embargo existen ciertas líneas generales de acción que a todos competen (Cf. LS 180).

Lo principal para enfrentar este desafío es orientar el diálogo en busca de un acuerdo en torno a las acciones que deben ser llevadas a cabo para renovar el modo de habitar nuestra casa común. Un primer diálogo necesario es aquel que debe darse en la política internacional acerca de la necesidad de alcanzar

“Un consenso mundial que lleve, por ejemplo, a programar una agricultura sostenible y diversificada, a desarrollar formas renovables y poco contaminantes de energía, a fomentar mayor eficiencia energética, a promover una gestión más adecuada de los recursos forestales y marinos, a asegurar a todos el acceso al agua potable” (LS 164).

Es evidente que uno de los principales déficits a la hora de emprender la solución al problema es la falta de decisión política que se ha visto en las numerosas Cumbres mundiales en las que no se alcanzan acuerdos ambientales globales realmente significativos y eficaces. Esto en general se debe a que los países privilegian sus intereses nacionales por sobre el bien común global (Cf. LS 166-170). Además, la enorme asimetría entre países pobres y ricos genera una situación desfavorable para la erradicación de la contaminación, ya que los

poderosos han expulsado sus residuos contaminantes –producidos por un estilo de vida que tiene como motor principal el consumo– en los débiles⁸. Por estas razones, “hacen falta marcos regulatorios globales que impongan obligaciones y que impidan acciones intolerables” (LS 173) intentando encarar al mismo tiempo la reducción de la contaminación y fomentando el desarrollo de los países y regiones más desfavorecidas. Estos marcos regulatorios deben ser pensados en pos de un cambio profundo y no superficial, esto es, se deben tener en cuenta todas las dimensiones de las relaciones establecidas entre los diversos países y se debe atender a todas las disciplinas que puedan aportar a un mejor desarrollo de los procesos productivos, del modo de vida de los hombres y de su relación con la tierra⁹.

En cuanto a los marcos políticos nacionales, un factor decisivo a la hora de promover el desarrollo de una ecología integral en una nación es el derecho, factor limitante de la conducta de las personas. Una sociedad sana y madura se caracteriza por la

“...previsión y precaución, regulaciones adecuadas, vigilancia de la aplicación de normas, control de la corrupción, acciones de control operativo sobre los efectos emergentes no deseados de los procesos productivos, e intervención oportuna ante riesgos inciertos o potenciales” (LS 177).

La regulación que establece el derecho puede ser muy positiva o muy negativa; el marco legal que establece una sociedad puede favorecer determinadas conductas que son vitales para la construcción de una ecología integral. Además, en este ámbito se presenta una ventaja particular respecto del nivel internacional: la instancia local cuenta con la posibilidad de tomar como herramienta para generar el cambio el sentido comunitario de las personas, el entrañable arraigo que sienten hacia la propia tierra que siempre es estimada como herencia que se deja a los hijos y nietos. En los ámbitos nacionales y locales hay muchas posibilidades

8 “Es insostenible el comportamiento de aquellos que consumen y destruyen más y más, mientras otros todavía no pueden vivir de acuerdo con su dignidad humana. Por eso ha llegado la hora de aceptar cierto decrecimiento en algunas partes del mundo aportando recursos para que se pueda crecer sanamente en otras partes” (LS 194).

9 “Necesitamos una política que piense con visión amplia, y que lleve adelante un replanteo integral, incorporando en un diálogo interdisciplinario los diversos aspectos de la crisis” (LS 197). Esta tiene que saber que “una estrategia de cambio real exige repensar la totalidad de los procesos, ya que no basta con incluir consideraciones ecológicas superficiales mientras no se cuestione la lógica subyacente en la cultura actual” (Ibid.).

de cambio rápido y posible como, por ejemplo, fomentar el ahorro de energía, favorecer formas de producción industrial más eficientes y menos contaminantes, gestionar lo mejor posible el transporte y la construcción reduciendo el consumo y el nivel de contaminación¹⁰.

Otra interesante línea de orientación tiene que ver con la importancia de llevar a cabo estudios del impacto ambiental previos a la implementación de los proyectos productivos. Estos estudios tienen que “elaborarse de modo interdisciplinario, transparente e independiente de toda presión económica o política” (LS 183). No podemos seguir generando avances que solo son evaluados desde el criterio de la rentabilidad; es imprescindible detener la “cultura consumista, que da prioridad al corto plazo y al interés privado” (LS 184) y elaborar políticas pensadas en mesas de discusión en las que tengan “un lugar privilegiado los habitantes locales, quienes se preguntan por lo que quieren para ellos y sus hijos, y pueden considerar los fines que trascienden el interés económico inmediato” (LS 183). La política no puede seguir sometiéndose a los intereses económicos surgidos de los dictámenes del paradigma eficientista de la tecnocracia, ambas dimensiones tienen que establecer un diálogo profundo que tenga como horizonte de toda acción el servicio a la vida. Una acción necesaria surgida de esta orientación es la del cambio del modelo de desarrollo global. El nuevo modelo tiene que redirigir el sentido de la economía y su finalidad para corregir sus disfunciones y poder redefinir el progreso sin dejar a nadie ni a nada fuera de este¹¹.

Por último señalaremos como una orientación a seguir la necesidad de generar “la conciencia de un origen común, de una pertenencia mutua y de un futuro compartido por todos” (LS 202). La construcción de esta conciencia básica nos llevará a desarrollar nuevas convicciones, actitudes y formas de vida que constituyen el principal desafío cultural, espiritual y educativo que debemos afrontar. Es urgente un cambio de estilo de vida y la ideación de una educación en la responsabilidad ambiental que cree hábitos y cultive la virtud de la donación

10 “La acción política local puede orientarse a la modificación del consumo, al desarrollo de una economía de residuos y de reciclaje, a la protección de especies y a la programación de una agricultura diversificada con rotación de cultivos. Es posible alentar el mejoramiento agrícola de regiones pobres mediante inversiones en infraestructuras rurales... Se pueden facilitar formas de cooperación o de organización comunitaria que defiendan los intereses de los pequeños productores y preserven los ecosistemas locales de la depredación” (LS 180).

11 “Un desarrollo tecnológico y económico que no deja un mundo mejor y una calidad de vida integralmente superior no puede considerarse progreso” (LS 194).

de sí en un compromiso ecológico (Cf. *LS* 211). Esta educación tiene que darse en los diversos ámbitos de la vida del hombre, tanto en la escuela como en los medios de comunicación, la catequesis, etc., pero por sobre todo existe un ámbito central y de particular sensibilidad: la familia. Es allí donde se cultivan los primeros hábitos de amor y cuidado de la vida (Cf. *LS* 213). Todo este proceso debe ser acompañado por un cambio de los paradigmas de pensamiento que son los principales motivadores de los comportamientos¹².

Para concluir este apartado final es relevante advertir como idea fundamental la necesidad planteada por Francisco de orientar nuestros diálogos correctamente estableciendo como objetivo claro un cambio de paradigma que tenga como propuesta esencial la ecología integral y, entonces, surgirán las acciones necesarias para materializar el fruto de una discusión que desde un principio ha fijado los horizontes hacia los que hemos de dirigirnos para solucionar el problema central que nos aqueja.

Consideraciones finales

Habiendo recorrido el camino propuesto por el artículo elaboraremos algunas consideraciones finales para dar cierre a la exposición hecha hasta aquí y para invitar al lector a abrir nuevos horizontes de reflexión y acción hacia los cuales dirigirse.

Lo primero que hemos de destacar es la urgente necesidad de dar un lugar esencial al problema propuesto por Francisco en las agendas de todas las sociedades. El clamor de la tierra y de los pobres no puede ser desoído. La historia de nuestra casa común ha llegado a un punto decisivo en el que es necesario actuar, en pos de poder revertir el daño que le hemos hecho, si queremos dejar a nuestros sucesores un mundo habitable y con posibilidad de llevar una vida plena. Para lograr esto el camino es claro: hay que atreverse a pensar una vida humana integral, un cambio de paradigma cultural, a fomentar y crear espacios de discusión que gesten acciones para la construcción de una *ecología integral*.

Considerando el primer punto creemos que la solución al problema debe darse de modo integral, esto es, buscando la conversión en todas las dimensiones

12 “La educación será ineficaz y sus esfuerzos serán estériles si no procura también difundir un nuevo paradigma acerca del ser humano, la vida, la sociedad y la relación con la naturaleza. De otro modo, seguirá avanzando el paradigma consumista que se transmite por los medios de comunicación y a través de los eficaces engranajes del mercado” (*LS* 215).

de la vida del hombre. Es necesario recorrer un camino de reflexión y diálogo en el campo político, económico, religioso, educativo, cultural, etc. Este itinerario debe conducirnos, sobre todo a los cristianos, a una *conversión ecológica* que implica vivir la vocación de ser protectores de la obra de Dios como consecuencia directa del encuentro con Jesucristo (Cf. *LS* 217).

Por último, queremos afirmar que sostenemos, conjuntamente con Francisco, que este cambio es posible y puede darse, esta convicción se sostiene en la profunda confianza que se tiene en el hombre. Por ello para finalizar expresamos nuestro convencimiento de que:

“No todo está perdido, porque los seres humanos, capaces de degradarse hasta el extremo, también pueden sobreponerse, volver a optar por el bien y regenerarse, más allá de todos los condicionamientos mentales y sociales que les impongan. Son capaces de mirarse a sí mismos con honestidad, de sacar a la luz su propio hastío y de iniciar caminos nuevos hacia la verdadera libertad” (*LS* 205).

tinbuceta@hotmail.com

Bibliografía

FRANCISCO, Carta Encíclica, *Laudato Si'*, 24 mayo de 2015. Obtenida de: <http://w2.vatican.va/content/vatican/es.html> (LS).